

Capítulo 37 - Luces Pálidas

- Capítulo 37 - Luces Pálidas

Capítulo 37 - Luces Pálidas

Traición en marcha: las semillas de zanahoria habían desaparecido.

Maryam pudo haber sido cómplice del delito, porque al ser informada de esto no ofreció ayuda alguna. Solo mostró una burla excesiva, incluyendo algunas moralizaciones muy impertinentes acerca de cómo aquel que vive del hurto menor está condenado a ser vencido por ello. ¡Menor! ¡Menor! Por una vez, estaba completamente de acuerdo con Fortuna: esa conversación era inaceptable. No, Tristan tendría que investigar a fondo el asunto y demostrar su traición, relegándola merecidamente a tomar notas de Teología para la próxima clase.

Ahora, si tan solo su único aliado en esta encomiable tarea no fuera tan completamente incompetente.

“Quizá usó sus poderes de Navegante arcano para desaparecerlas,” sugirió Fortuna.

Estaba sentada en una rama del árbol, con el rastro rojo de su vestido ondeando mientras balanceaba las piernas.

“Eres una diosa,” reprochó Tristan. “¿Qué puede ser arcano para ti?”

“Solo lo decía así por tu bien,” mintió torpemente. “Creo que tu campo fue maldito por una bruja; esa es la única explicación razonable.”

Tristan se preguntó si ella estaba siendo descaradamente incorrecta a propósito. Casi seguro, pensó: podría ser que simplemente no había estado prestando atención a todo el asunto más allá de encontrar divertido su enfado. El ladrón se arrodilló en la tierra, palpando cuidadosamente el suelo. Había sembrado semillas bastante generosamente ayer, pero no quedó ni una sola semilla dispersa. Quien hubiera hecho esto actuó metódicamente y con maldad.

“Podría haber sido un diablo quien se las comió,” sugirió Fortuna.

Se frotó la nariz con cautela.

“Lamento que esta última suposición sea la más cercana a una teoría coherente,” admitió Tristan.

“Debes escucharme más,” dijo felizmente la Dama de las Grandes Probabilidades. “Tengo todo tipo de ideas.”

Como un perro asqueroso con pulgas, y no mucho más respetable.

“Podría haber sido extranjeros,” dijo por fin.

Era una larga y honorable tradición en Sacromonte culpar a los extranjeros por problemas que iban desde el aumento en el precio del pan hasta que tu hija había sido atrapada medio desnuda con el hijo del vecino en el fondo de la tienda. Sería irresponsable no considerar la participación extranjera, podría argumentarse. Si eran un infanzón.

“Ya no estoy seguro de querer implicarme en esto,” dijo Song Ren con tono seco.

Volteó la vista y vio a Tianxi en el borde del jardín, con tazas de té humeantes en las manos. Tristan la miró con suspicacia, sin haber notado su acercamiento. ¿Había sido Maryam quien enviara a su cómplice para sabotear la investigación?

“No sé qué es lo que estás pensando, pero estoy casi seguro de que debería sentirme insultado,” indicó Song.

“Tu ayuda sería muy bienvenida,” dijo Tristan, sin añadir en voz alta: siempre y cuando esté seguro de que no formas parte de esta conspiración.

Fortuna, prestándole su ‘ayuda’, saltó del árbol y comenzó a rodear al capitán. Se acercó demasiado, mirándolo con intensidad como una tía entrometida tratando de descubrir de qué color son sus ojos, y señaló una de las tazas como pidiendo tomarla. Para el honor de Song Ren, ella nunca cayó en las trampas más baratas de los fantasmas.

Por desgracia para Song, Fortuna lo tomó como un reto.

Por pura enemistad hacia su diosa, Tristan se levantó y se acercó para tomar el té. No, se dio cuenta, no era té. Al menos no del tipo correcto: esto se había preparado con... menta. Sorprendido pero no desconcertado, Tristan dio un sorbo por motivos que iban más allá de la cortesía. La menta era buena para la digestión y los dolores estomacales, además de tener un sabor agradable.

“He hecho los cálculos para los fondos de la brigada,” dijo Song. “Creo que podemos avanzar hasta diez ramas.”

Tristan reflexionaba mientras mordía su labio pensativamente.

“Hage nos sangraré si se da cuenta de que tengo oro para poner en el mostrador”, afirmó. “La manera más sencilla de evitarlo sería solicitar algo en concreto, no simplemente ir a la pesca.”

Ella vaciló por un instante, apartando su larga trenza.

“Pregunta por los criminales locales”, finalmente dijo Song. “El resto podemos obtenerlo en los informes oficiales sobre Asphodel, pero ese tipo de información no llegará a ellos”.

Tristan asintió de manera distraída. Había sido una sorpresa desagradable enterarse de que se dirigían a Asphodel en tres semanas, dejándolos en la incertidumbre de prepararse a toda prisa. Song había tomado prestados libros de esa elegante biblioteca oculta de la Stripe, pero los libros solo los ayudarían hasta cierto punto. Hage casi con certeza tendría acceso a informes de Mask

sobre el Rectorado de Asphodel, o chismes de Krypteia igual de valiosos, y Tristan aprobaba preguntar por las cofradías locales.

“Necesitaremos saber movernos por las catacumbas, independientemente de cuál de los contratos obtengamos”, reflexionó. “Conocer a las cofradías con anticipación es una buena inversión. No me extrañaría que las máscaras tuvieran un contacto en el terreno también.”

El tío de Song, una persona notablemente bien relacionada, le había filtrado en la carta cómo funcionaban las asignaciones: había cuatro contratos pendientes, y no se decidiría qué brigada recibiría cuál hasta que llegaran a Asphodel. El hombre no había dado detalles sobre los contratos — quizás no podía, o no quería — pero mencionó que dos eran investigaciones, uno un exorcismo y el último una caza.

Solo el exorcismo probablemente los sacaría de la capital, y no muy lejos. Incluso entonces, hallar los vestigios de un dios antiguo sería mucho más sencillo si se tuviera la posibilidad de contactar con quienes podían informar cuáles de las desapariciones recientes habían sido pagadas.

“Es probable que eso esté fuera de nuestro alcance para comprar”, dijo Song, “pero si se presenta la ocasión...”

“Apenas un día con dinero y ya derrochando”, bromeó él.

Ella rodó los ojos.

“Los vínculos de Maryam con el Capitán Yue también podrían ser fructíferos”, observó Song. “Como la signifier principal de la isla, quizás tenga información privilegiada sobre asuntos de Asphodel.”

“No perdemos nada al preguntar”, se encogió de hombros Tristan.

Ambos permanecieron en silencio por un largo momento, sorbiendo de sus tazas. La propia Song fue la que rompió el silencio.

“Veo que no queda ni una semilla,” dijo.

Esas últimas dos palabras no eran una figura retórica cuando salían de la boca de Song Ren. Tristan aún no estaba seguro de hasta qué punto podía percibir detalles, pero podía leer escritura en los libros desde el otro lado de una habitación sin dificultad alguna. Una parte de él deseaba preguntarle cómo se comparaba eso con, por ejemplo, un telescopio, aunque su relación no era tan cómoda como para poder hacerlo.

“Una exterminación tan meticulosa solo puede ser el resultado de un ataque enemigo,” afirmó Tristan.

“Probablemente hay al menos dos pájaros, sí,” respondió Song con aprobación.

Pause.

“¿Un qué ahora?”

Song lo observó por un momento, luego sus labios se curvaron en una mueca.

“Maryam no te lo contó.”

“Sus traiciones no tienen fin,” dijo Tristan fríamente.

“Me dijo que vio un pájaro en el tejado ayer,” le informó Song. “Un mirlo, por la descripción, aunque uno notablemente grande.”

Y ella no me lo concedió porque...”

Un gruñido oxidado, uno de los cristales de la ventana del salón siendo abierto con más fuerza desde el interior. Estaban siendo espiados.

“Porque pensé que sería divertido,” gritó Maryam.

“Verás,” musitó Fortuna apoyándose en su hombro, “te lo dije, una bruja está detrás de esto.”

“Bruja,” dijo lentamente Song. “¿Acaba de llamar a Maryam bruja?”

“Nada menos de lo que merece,” refunfuñó Tristan.

Él dirigió una mirada entrecerrada hacia el techo, pero no había rastro de la supuesta urraca. ¿Cómo habría llegado hasta aquí? Sakkas había dicho que este lugar solo podía ser encontrado por quienes ya sabían dónde estaban, pero ninguna cerradura era inviolable. Si el trabajo de la Gloam en este lugar se asemejaba a un cortinaje que lo rodeaba, quizás los pájaros simplemente habían volado por encima. ¿O tal vez las urracas anidaban aquí desde hace generaciones? Una estirpe impresionante, si era cierto, aunque Tristan no recordaba haber visto o escuchado un ave en aquel lugar antes.

“¿Crees que es una llegada reciente?” dijo.

“No estoy seguro,” admitió Song, fascinado. “Puede ser que un animal no tenga suficiente ‘mente’ para ser rechazado por la defensa y nuestra presencia haya despertado interés. Quizás vengan más si ese fuera el caso.”

“Entonces, un asedio,” murmuró, aclarándose luego la garganta. “Tendré que usar fondos de la brigada.”

Una mirada desconfiada.

“¿Para qué?” preguntó ella.

“Para hacer un espantapájaros,” replicó Tristan con vehemencia. “Aún tengo semillas de zanahoria: tal vez perdí una batalla, Song, pero la guerra acaba de comenzar.”

“Tenía razón,” llamó Maryam desde la ventana.

--

Era un símbolo del rango de la capitana Yue que tuviera un sol dentro de los muros de la casa capitular.

Aunque no era un edificio pequeño, gran parte del interior de la sede del Akelarre se dedicaba al Prado, por lo que las habitaciones privadas eran prácticamente inexistentes. Disponían de dormitorios para que los Navegantes durmieran, bibliotecas con obras restringidas y algunas salas de estudio, pero todas estas se compartían. La gran solar de la capitana en el nivel superior no lo era, aunque Yue había amontonado tantos dispositivos y libros en su interior que una estancia tan grande como la sala de estar de la cabaña parecía de por sí apretada.

Maryam había aprendido, en las últimas semanas, a saborear una tarde agradable midiendo el entusiasmo en el rostro curtido de la capitana cuando la hacía pasar a la solar. La energía rápida significaba que tenían trabajo arduo por delante, revisando opciones en una lista no porque creyese que eran posibles, sino para asegurarse, mientras que en el extremo opuesto una sonrisa ancha indicaba que las cosas iban a volverse... emocionantes.

Como ser remolcada en una embarcación hacia una parte poco profunda de la bahía y caer al mar con piedras atadas a los pies, emocionante.

“Ah, Maryam, justo a tiempo,” sonrió Yue, y la Izvorica casi maldijo.

Iba a ser uno de esos días, entonces. La mujer mayor la apuró, cerrando la puerta tras ella y guiándola además por un montón de libros nuevos — casi todos con refuerzos de hierro y cerraduras, lo que indicaba que provenían de la parte más profunda de la biblioteca restringida— y por el mismo plato de arroz frito medio comido que había estado en equilibrio precario en el borde de una mesa durante tres días.

La cantidad de instrumentos valiosos, desde astrolabios hasta órbitas y un conjunto de diales de anillos bellamente grabados, había sido intimidante al principio. Había una fortuna de dispositivos a su alrededor, muchos de ellos de una manufactura sorprendentemente fina. Sin embargo, ahora todo parecía más como el desorden que siempre fue. Yue acomodó a Maryam en un cómodo sillón, y luego se dirigió hacia una silueta grande y ancha cubierta por una sábana pálida.

“Eso es nuevo,” anotó Maryam.

“Así es,” dijo Yue con satisfacción. “Lo trajeron esta mañana.”

Ella arrancó teatralmente la sábana, que claramente había colocado allí con ese propósito. Lo que se descubría debajo parecía una mezcla entre un laberinto acuático y un calendario Izcalli: un disco de piedra erguido, casi del tamaño de un hombre, con círculos en capas en su interior. Cada círculo se conectaba con otro mediante una ranura poco profunda y en el centro, en lugar de un gran motivo de un calendario Izcalli, había un agujero enorme del tamaño de la cabeza de Izvorica.

La capitana Yue lo presentó con un gesto ostentoso, claramente satisfecha consigo misma.

“Bien hecho,” soltó Maryam con dificultad. “Estoy... impresionada,” añadió, dudosa.

La mayor Navegante frunció el ceño.

“Al menos algunos pusieron esfuerzo en la mentira,” se quejó, luego suspiró. “Piensa, Khaimov. ¿Esto te recuerda a algo?”

Para la leve vergüenza de Maryam, le tomó unos segundos más entender. Era por el tamaño: el otro disco apenas era del tamaño de dos puños, y los patrones en su superficie eran considerablemente más complejos que estos.

“El laberinto Kuru que el profesor Baltazar nos mostró el primer día,” dijo. “El dispositivo que permite medir su Entendimiento y Dominio.”

“Podrías considerar esta belleza como el primo bastardo de un laberinto Kuru,” dijo Yue, acariciando el disco.

“No siento ninguna simetría conceptual en esto,” frunció el ceño. “El atractivo de un laberinto Kuru es que restringe la manipulación del Gloam. Esto parece, bueno, como...”

“Un gran pedazo de roca,” dijo alegremente la capitana Yue. “Porque lo es. Nada de concepto aquí. Es una invención de Izcalli llamada estela de piedra.”

“Sombrío,” anotó Maryam.

El Reino de Izcalli — y todos los demás estados de Aztlán, para ser justos — tenían una afición a tallar calaveras en todo y su sentido del nombre tendía hacia lo funerario. Incluso el capitán Totec tenía un salero esculpido con forma de esqueleto danzarín que le tenía una admiración desmedida.

“Ya sabes cómo es con Izcalli,” dijo Yue. “Por muy sólida que sea la investigación, sus académicos no toman nada en serio hasta que haya un conteo de cuerpos que apoye sus teorías.”

“El Reino de Izcalli es la principal autoridad en anatomía metafísica,” afirmó Maryam con lealtad. “Nadie más comprende las almas a medias tanto como ellos.”

“Sí, han quemado muchas velas estudiando esas cosas,” dijo Yue con humor mordaz. “Pero me acuerdo que el que te inició en la Aquelarre es de Izcalli, así que te dejaré pasar esta vez.”

Golpeó de nuevo la piedra como un granjero en el mercado promocionando su cerdo campeón.

“Las estelas,” dijo Yue, “se fabrican cuando un número considerable de personas mueren encima de ellas.”

Maryam parpadeó, sin esperar que fuera tan literal.

“Antes solían hacer estas piedras a partir de los pisos de los médicos,” explicó la Tianxi, “pero ahora entiendo que algunos señores tienen un negocio en pedir a sus siervos moribundos que se acuesten sobre ellas para poder vender las piedras.”

La Navegante encogió los hombros.

“Eso asegura un suministro más constante.”

La idea de la capitana Yue sobre el bien y el mal solía dividirse en ‘cosas que facilitan mi trabajo’ y ‘cosas que lo complican’, lo que significaba que tenía la empatía de una barra de hierro, aunque también que era notablemente libre de prejuicios.

“Y la ventaja de cargar piedras con cadáveres es...”

Maryam se quedó en silencio, insinuando la reflexión.

“Piensa en ello,” dijo Yue. “La piedra que usamos aquí es basalto, que en la escala Ban de sensibilidad a éter está en el nivel medio-bajo.”

Maryam tarareaba. Para calificar como sensibilidad media en la escala Ban, un material debe ser afectado por un fenómeno de éter que no está dirigido hacia él. El estudio del efecto de las fuerzas metafísicas sobre objetos físicos solía considerarse parte de la alquimia, pero inevitablemente despertaba interés tanto en la Sociedad Peiling como en el Gremio del Aquelarre, por lo que los términos para ello provenían de una docena de disciplinas distintas.

Era un caos real de todos tomando prestado unos de otros y contradiciendo las obras ajenas.

La escala Ban había sido utilizada por arquitectos cathayanos durante más de un siglo antes de que el Aquelarre la adoptara, justificándolo señalando que la erudita y concubina encarcelada que la creó originalmente había sido un signo y, por tanto, la escala siempre había formado parte de su campo académico. Aunque no la más exacta, la escala Ban tenía la ventaja de estar formada por una serie de rimas que se traducían bien a la mayoría de los principales idiomas de Aurager, lo que la hacía notablemente fácil de memorizar.

Medio-bajo significaba que el material en cuestión era afectado por un fenómeno de éter cercano, pero no demasiado sensible. Por ejemplo, un cortador, con su motor de éter, podía atracar en un muelle de basalto sin dejar rastro en la piedra. ¿Pero una muerte sobre la losa de piedra? Esa liberación tan intensa y rápida dejaría alguna marca.

Yue había mencionado a los médicos como la fuente original, lo cual probablemente significaba muertes dolorosas a manos de cortadores. Muchas muertes, sin embargo, y claramente los señores Izcalli allí afuera parecían pensar que enviar a los enfermos a morir sobre la piedra funcionaría igual de bien. Entonces, no se trata de la naturaleza de la muerte, sino de las cifras.

“Saturación,” dijo Maryam. “Las estelas están hechas de basalto saturado con éter.”

Yue levantó una ceja.

“¿Y qué utilidad tendría una cosa así?” preguntó.

“Lo llamaste el primo bastardo de un Laberinto de Kuru por esa constricción del uso de Gloam,” dijo lentamente. “Esto haría lo mismo para... éter?”

¿Me preguntas o me dices? dijo Yue.

Se mordió el interior de la mejilla.

“Nav,” dijo ella. “Logos, quiero decir. Cruza el éter, así que una estela está diseñada para constringir el uso del logos.”

“Bien,” sonrió Tianxi. “Eso es básicamente correcto.”

Ella agitó una mano.

“La realidad es un poco más compleja — el laberinto tallado en la superficie se debe a una continuidad metafísica, un concepto que aún no aprenderás en mucho tiempo. Basta con decir que mover tu logos por los canales en la piedra es más difícil que, por ejemplo, envolverlo simplemente alrededor del disco.”

“¿Por qué estamos probando mi logos en absoluto?” preguntó Maryam.

Era una de las pocas partes de la señalización en la que ella nunca había tenido problema alguno. Se consideraba, en su opinión, más hábil con ella que la mayoría de sus compañeros.

“Porque te lo dije,” respondió Yue con facilidad. “Ven, te mostraré cómo funciona.”

Maryam siempre evitaba enviar su nav con la Capitán Yue cerca, sabiéndose un simplecirio ante una hoguera. A ella le habría sido fácil que la otra mujer la apagara sin intención. Yue, sin embargo, se lo había pedido esta vez, y sería cuidadosa. Era una sensación extraña, cómo la otra mujer persuadía a su efigie espiritual — como una balsa que se arrastraba en la estela de un galeón.

Yue la guió hasta la entrada de la estela de piedra, y luego la advirtió tocando su nav. Maryam retrocedió, no la siguió. En cambio, trató de percibir qué efecto tenía en la nave del Capitán Yue trazar el patrón, qué se tensaba y qué se relajaba. Cuando la capitana se retiró, después de lo que no pudo haber sido más de treinta latidos, ella jadeaba ligeramente. Yue acomodó su trenza en su hombro, alisándola para ocultar las quemaduras en su mejilla y oreja.

“Es un buen ejercicio de control”, dijo el Capitán Yue. “No enseñaremos la manipulación del Logos hasta el tercer año, ya que es demasiado fácil que un principiante arranque su propia alma, pero si mi teoría es correcta, tendrás poca opción más que aprender lo básico antes de tiempo.”

Ya para entonces, Maryam sabía mejor que pedirle que elaborara. Si tuviera la intención de hacerlo, ya lo habría hecho. En cambio, se recompuso y exploró la entrada del patrón de la estela de piedra. Todo lo que tenía que hacer era trazarlo, no rellenar esos amplios surcos, sino hacer que

su navegación, aunque delicada, no tuviera peligros: Maryam deslizó una cuerda, no un hilo. De inmediato sintió el efecto de la saturación. La mayoría de los objetos permanecían inertes cuando se exploraban con la navegación, como contornos opacos en un mundo de colores.

En cambio, la piedra de la estela zumbaba como alas de mosca, y ella debía mantener un agarre firme en su navegación para que no fuera arrastrada lejos.

Le sorprendió que fuera bastante fácil, al menos al principio. Solo tenía que introducir su navegación, lo cual requería concentración, pero no mucha dificultad. A mitad del primer ciclo comenzó a entender lo que Yue había insinuado con ‘continuidad metafísica’. Mantener el hilo que había creado mientras avanzaba seguía siendo mucho más difícil de lo que pensaba. Había supuesto que la dificultad aumentaría como la pendiente de una colina, pero a dos terceras partes del primer círculo sintió que debía escalar un muro en su lugar.

“Maldición”, siseó.

“Más allá”, dijo en silencio Yue. “Necesitas terminar el primer anillo”.

Ceñéndose los dientes, Maryam continuó empujando. Quizá no lo habría logrado si no hubiera comprendido que podía aprovechar su trabajo anterior. Podía adelgazarse la cuerda y convertirla en hilo. Esto alivió la presión, aunque aún apenas logró llegar a la muesca que conducía al segundo círculo. Lo atravesó por un cabello, exhalando, y — la fuerza la sorprendió tanto que rodó de regreso hasta la mitad del primer círculo.

“¿Qué demonios...?”, murmuró, afirmando su agarre.

La fuerza cedió cuando ella empujó hacia atrás, pero al intentar recuperar lo perdido, sintió como si alguien la estuviese empujando a su vez. Una mano en su hombro, un pulso de Gloam.

“Es suficiente”, dijo el Capitán Yue. “He obtenido lo que necesito, retírate”.

Maryam estuvo a punto de arrancarse a si misma, pero se esforzó en realizar una retirada controlada. Nunca se debe tratar a la propia alma con ligereza. Cuando volvió en sí, respiraba con dificultad, sudorosa, y Yue la ayudó a volver a sentarse. Se tomó un momento para orientarse, mientras Yue se ocupaba en verter algo en las tazas, presionando un cáliz metálico en su mano. Maryam olió.

“¿Coñac?”, preguntó.

“Te aliviará esa brutal migraña que estás a punto de tener”, dijo Yue. “Bebe”.

Maryam frunció el ceño, pero bebió. Ardía al tragar, pero quedaba un ligero sabor a albaricoque que atenuaba el rastro en la boca.

“¿Qué fue eso?”, preguntó. “Sentí como si algo luchara contra mí. ¿Era la piedra de la estela?”.

“La piedra tenía presencia de éter, pero no conciencia”, respondió Yue. “No puede luchar contra ti”.

Se recargó en una de sus mesas, aunque tuvo que apartar una extraña brújula de bronce de gran tamaño.

“Lo que más me intriga de tu estado desde el principio”, dijo Yue, “es su aparente contradicción.”

"No entiendo", frunció el ceño Maryam.

Parecía bastante simple para ella: su Mando carecía porque había sido sabotado por una entidad de éter.

"Primero establecimos mediante inmersión en las capas que la causa de la desbalance en tu medida es una entidad de éter", explicó Yue. "Parece una explicación sencilla, aunque en un caso poco habitual. Pero luego te sometí a aproximadamente un tercio de las pruebas de posesión conocidas por el Gremio Akelarre y ninguna arrojó resultado."

Los ojos de Izvorica se abrieron con alarma.

"Diste a entender que no estaba poseída", dijo Maryam. "Que estas eran—"

"Para determinar la naturaleza de tus vínculos con la entidad, sí", descartó Yue. "Y así es. La posesión es un término de uso popular, que en última instancia evoca a un muñequero que vacía a un hombre y se pasea con su rostro y sus recuerdos. En la práctica, relativamente pocas entidades de éter son capaces de esto."

"Pensaste que era un parásito menor", dijo lentamente ella. "Uno que una prueba de posesión desvelaría."

"Un caso poco común, como dije: una entidad que se alimentó de tus emociones sin obstáculos durante tanto tiempo que se convirtió en algo casi único", aceptó Yue. "Solo tú no presentas los marcadores físicos de esto. Por eso recurrí a la prueba de sumersión."

"Una persona sumergida en el mar sin vínculo físico con la superficie logrará aislamientos metafísicos", citó Maryam. "Querías comprobar si tenía un ancla a mí."

"Y sí lo tenía", sonrió Yue. "De otro modo, hubieras podido manifestarte bajo el agua sin dificultad, igual que en la capa. Así, establecimos que la entidad tenía un anclaje en ti, aunque tu cuerpo no mostraba los marcadores habituales. Podría ser que simplemente necesitáramos realizar pruebas de posesión más invasivas..."

Maryam tragó saliva. ¿Pinchar agujas en su cuerpo y hacer que su Signo durante el proceso no se consideraba invasivo? ¿Hacerla comer una piedra de tope, Signo y luego vomitarla, era una de las pruebas fáciles? Dioses. Casi le daba miedo preguntar.

"Pero esa es una respuesta simplista, Maryam, como forzar un círculo en un agujero cuadrado. Encontré una solución más elegante: ¿y si ese ancla estuviera en una parte material de ti sin ser una parte física?"

Y allí quedó clara la razón del uso de la piedra estela.

"Mi logo", exhaló Maryam. "Maldita sea, se aferró a mi logo. Lo uso para significar, así que cada vez que trazo un Signo—"

"Compite contra ti, 'tirando' en dirección contraria, y de ese modo, en la práctica, reduces tu Mando a la de un niño", terminó Yue. "Curiosamente, que se haya aferrado a tu logo también explica por qué no ha absorbido tu alma, a pesar de estar conectado a ti durante años."

Maryam tragó saliva, con la boca repentinamente seca.

"¿Perdón?"

"Piensa en tu logo como una pajilla, que permite beber solo una cantidad limitada a la vez", dijo la mujer mayor. "Lo más fascinante es, sin embargo, que el parásito parece haberse adaptado a ti en cierta medida, alimentándose únicamente de emociones que rechazas o suprime. Se ha vuelto casi simbiótico."

"Y arruina mi Significación", dijo Maryam con cierto desdén.

"Y esa," asintió Yue, "afortunadamente para ti, la violenta reacción que tuvo la entidad ante tu uso de la piedra estela confirma otra parte de mi teoría."

"¿Es un patán?", sugirió Maryam.

Yue sonrió con una expresión escasa.

"Va en ambos sentidos", explicó. "A través de tu logo puede alimentarse de ti, pero..."

"También puedo alimentarme de él", dijo Maryam. "¿Estás segura?"

"No será posible confirmarlo hasta que tenga preparado algún equipo específico," dijo Yue, "pero creo que las probabilidades son muy altas."

Maryam se lamió los labios.

"¿Qué haría, alimentándose de ello?"

"Recuperar tus emanaciones de éter pasado, por ejemplo," explicó Yue. "Aunque no serán tan lineales y diferenciadas como cuando tú las emitías. Además, piensa de esta forma: aunque las Akelarre manipulamos Gloam y navegamos el éter, en última instancia somos criaturas de la Luz. Sin embargo, esta entidad no lo es. Debería percibir a Vesper de maneras fundamentalmente diferentes."

“Eso suena peligroso de absorber,” dijo Maryam.

“La mente es algo maravillosamente elástico,” afirmó Yue. “Tomará lo que pueda y un poco más, y el resto será enterrado o descartado. Espero, al menos, que devorar esa entidad mejore en gran medida la cualidad de tu logos.”

Supuestamente, además, restauraría su Mando. Eso parecía tentador.

“¿Y sería seguro?” preguntó Maryam.

La capitán se echó a reír a carcajadas, haciendo muecas y golpeando sus rodillas hasta casi llorar de risa.

“¡Oh, dioses, no!” Se rió la capitán Yue. “Nada de eso. Pero la alternativa es que quede pegada a tu logos para siempre, así que la idea de que haya una opción aquí es mayormente decorativa.”

Ella tenía, con gravedad, razón en eso. Controló su respiración, tranquila.

“Equipo, dijiste,” intentó decir.

“No temas, querida mía,” sonrió Yue. “Estará listo antes de que tomes esa nave hacia Asphodel. Espero con ansias los resultados.”

La Izvorica asintió, luego vaciló.

“Dilo ya,” dijo la capitán.

“Song mencionó que la entidad que encontró tenía alma,” dijo.

“Sí, como mencionaste antes,” reconoció Yue. “Aunque el contrato de Song Ren es una herramienta interesante, ella no tiene un conocimiento profundo de la metafísica. Supongo que vio los rastros de alguna alma que la entidad comió antes de aferrarse a ti, o emanaciones lo suficientemente recientes como para confundirse con las tuyas.”

“¿Y si estás equivocado?” preguntó Maryam.

“Entonces, tendré el placer,” sonrió la capitán Yue, “de comenzar este rompecabezas desde cero.”

--

La Bóveda Esmeralda no era lo suficientemente grande como para disponer de salas privadas, pero su jardín contaba con pequeños cenadores que ofrecían un grado notable de privacidad.

Aunque habían acordado encontrarse a las seis al comienzo de la Guerra, Song llegó diez minutos antes. Liernan solía cenar tarde, pero dado el origen diverso de los estudiantes — y, en realidad, de los vigilantes en general — no se podía asumir que el comedor estaría vacío a esa hora. Tuvo suerte: solo uno de los cenadores permanecía desocupado, y lo reclamó rápidamente antes de que

alguien más llegara. Era demasiado probable que se oyera lo que se decía en la terraza; eso no le convenía en absoluto.

Solo unas pocas mesas estaban ocupadas, observó al seguir al sirviente, con jóvenes vestidos de negro compartiendo tapas y bebidas. Reconoció pocas caras, la única destacada era la del imponente Someshwari, capitán del Duodécimo. Song recibió algunas miradas curiosas, pero ahora que había rumores sobre el Cuadragésimo Noveno, ya no era un objeto de chismes tan interesante como antes — al menos hasta que saliera a la luz la implicación del Décimo Tercero en aquel asunto.

El sirviente, con uniforme impecable, se inclinó tras entregarle la última de las tres sombrillas y ella asintió en confirmación. Era una pieza bastante delicada, un pabellón redondo cuya estructura entrelazaba metal y madera, con cortinas de seda colgadas como paredes para limitar la vista y el sonido. Song pidió una taza de té verde Sanxing y se acomodó en los asientos acolchados, preparándose para esperar.

Para su suave diversión, apenas logró volver a colocar su abrigo en su sitio cuando Angharad llegó, apenas unos momentos menos temprano.

La noble de piel oscura debió haber pasado por su alojamiento, pues a pesar de haber tenido clase de Skiritai esa tarde, vestía un uniforme ajustado de soldado regular. Como la mayoría de las prendas, Angharad las lucía con destreza: era alta y bien formada, lo cual no era poca cosa, y tenía la postura natural de alguien cuyas manos habían sido castigadas por no sentarse recta cuando era niña. Los guantes eran nuevos, sin embargo. Los mismos que había llevado en Warfare.

Las trenzas habían sido renovadas recientemente, observó Song, y su rostro estaba enmascarado en una máscara de sociedad cortés. Una cosa tensa, esa. Song lo sabía, habiendo aprendido lo mismo desde la rodilla de su madre.

Siempre había visto en Angharad Tredegar un reflejo de ella misma lo suficiente como para cometer errores por ella.

“Song,” la saludó la Pereduri.

“Angharad,” respondió ella. “Por favor, siéntese.”

Apenas se hicieron tres respiraciones antes de que un sirviente llegara con ellas, preguntando qué le podría convenir a la dama. Vino, para la pequeña sorpresa de Song. Hubo una charla trivial, pero breve y entrecortada. Ninguna de las dos tenía ganas de profundizar con la conversación que se avecinaba. Sus pedidos llegaron juntos, perfectamente sincronizados, y el sirviente se retiró tras otra reverencia. Song bebió lentamente de su té. Exquisito, como siempre lo eran las delicias en las Bóvedas Esmeralda.

“Recibí una carta de mi tío abuelo,” dijo ella. “Aclaró un poco lo que insinuaste ayer cuando conversamos.”

El tío Zhuge había sido inusualmente elocuente en esa carta, incluso. Generalmente prefería hablar en lugar de plasmar algo en papel, instinto depurado de un hombre que había pasado décadas en uno de los puestos de guarnición más implacables. Sin embargo, esta vez había detallado las circunstancias, aunque mediante insinuaciones y modismos, cuidando de no dar a la lectura de la carta ninguna pista que una Máscara podría aprovechar. Leyendo entre líneas, la situación en Asphodel había cambiado notablemente debido a los hallazgos del Rectorado bajo su isla —que durante mucho tiempo se creyó vacía de toda antigüedad del Diluvio.

En su lugar, todas las grandes potencias estaban observando con avidez ese astillero y los hallazgos de aleaciones tóxicas. Diplomáticos, espías y saboteadores navegarían en dirección a Asphodel incluso mientras él escribía, y una guerra civil en la isla parecía casi segura. Como la Guardia tenía contratos con el Rectorado, las pruebas probablemente se realizarían durante el conflicto, lo que suponía un riesgo mucho mayor para los estudiantes del que se había deseado.

El problema, después, había sido convencer a la vasta burocracia de la Guardia para que hiciera algo al respecto.

“Mi tío me informó que fue un esfuerzo considerable lograr que las pruebas se adelantaran,” compartió Angharad.

Song casi tarareó. Hablar en términos vagos, probablemente repitiendo las palabras del propio hombre. Entonces, la Pereduri no había sido informada de los detalles, a pesar de tener uno de los actores principales presente. La propia carta de Song, aunque se tornó un jardín de eufemismos al abordar el tema político, había sido mucho más reveladora en ese aspecto.

“Sería una locura profesional que intentaran retractarse de esto si estás considerando hacerlo,” le dijo Song. “Tuvieron que presentar una moción ante el Cónclave mientras aún estaba en sesión.”

Angharad parpadeó.

“Pensé que Tolomontera estaba bajo la autoridad del Comité Oscuro, y ya no del Cónclave en conjunto,” dijo.

Song asintió.

“Eso es correcto,” afirmó. “Pero esa autoridad fue otorgada en una sesión sellada, lo que significa que no puede apelar formalmente, como lo haría un comité abierto. En otras palabras, como no existe públicamente, no puede ser sometido directamente a peticiones.”

Seguramente, el Cónclave descartaría cualquier moción relacionada con estos asuntos, sin duda alguna, pensó Angharad con el ceño fruncido. De lo contrario, estaría contradiciéndose a sí mismo en la concesión de su autoridad.

“En efecto,” asintió Song. “Normalmente, el primer cuarto de cada sesión del Cónclave se dedica a rechazar peticiones impropias como esa. La suya se agregó directamente a ese expediente; el truco, entiendes, era lograr que fuera desestimada de la manera correcta.”

La Pereduri parecía algo desconcertada, así que tuvo compasión de ella.

“Existen dos formas de desestimación,” explicó Song. “Una es la ‘perentoria’, es decir, rechazada de inmediato. La otra se llama ‘asignación’, cuando el Cónclave considera que ya hay un comité encargado del asunto y remite la petición a ellos.”

“La desestimación de la segunda modalidad implicaría que su petición sería enviada al Comité Oscuro,” dijo lentamente Angharad. “¿Es eso?”

Song sonrió y bebió un sorbo de su té. Una frase simple, pero no una hazaña tan sencilla. El Cónclave era un terreno despiadado, lleno de facciones rivales, por lo que, a menos que se lograran votos por adelantado para su petición impropia—contactando a facciones que sumarían los votos necesarios, o intermediarios capaces de conseguir un bloque de apoyo— tales peticiones siempre eran desestimadas de forma perentoria. El tío Zhuge había hecho una referencia velada a jugar con dos facciones de la guarnición en contra de la otra y a intercambiar favores con corredores de compañías libres.

Aún habían alcanzado solo por un estrecho margen el umbral para la asignación, apenas cinco votos por encima de la línea.

“Básicamente,” replicó Song. “Las fuerzas involucradas en el asunto no eran insignificantes, Angharad. Si lo fueran, y se sintieran humillados porque la moción que apoyaron fue retractada por los mismos oficiales que la promovieron...”

“Tomarían represalias por esa humillación,” afirmó Angharad con firmeza. “Utilizando la misma influencia que llamaron a intervenir.”

No había manera de que el tío Zhuge supiera que la brigada de Song estuvo a punto de dividirse en pedazos en tan solo un mes desde su llegada a Scholomance. Él supuso que ella era competente, y le avergonzaba habérselo demostrado equivocado.

“Parte del acuerdo entre nuestros patrocinadores era ayuda y trato preferencial por parte de tu tío, dado su involucramiento directo en el viaje,” dijo Song con delicadeza. “No es improbable que su participación quede en suspenso mientras tú no formes parte del Décimo Tercer escuadrón. Existen otras brigadas que se dirigen a Asphodel.”

Angharad bufó con desdén.

“¿Y ahora qué, elegir entre los Tupoc, el Onceavo o el Décimo Noveno?”

Song ocultó su sorpresa. El Cuadragésimo Noveno, que había sido el cuarto en la lista de su tío, había sido disuelto y, por tanto, no podía participar; no obstante, no sabía quién los reemplazaría. Osian Tredegar seguramente había informado a su sobrina.

“Tenía entendido que mantenías buenas relaciones con la Capitán Langa,” dijo en su lugar.

Los labios de Angharad se comprimieron.

“No tan bien,” respondió con cortedad. “No voy a bajo la mando de Imani Langa.”

Song bebió con cuidado su delicioso té y seleccionó sus palabras con precisión. Si el comandante Tredegar no estuviera presente en la isla ni fuera uno de los principales oficiales de su expedición a Asphodel, podría haberse dejado tentar por expresiones contundentes en este momento. Sin embargo, teniendo en cuenta a aquel hombre, no lo hizo. Osian Tredegar había demostrado ser un actor feroz y despiadado en la defensa de su sobrina.

“Me fiaré de tu palabra,” dijo Song. “Pero esto nos lleva a un problema similar: si tú partieras con el Décimo Tercer escuadrón, estarías bajo mi mando.”

Una pausa para que sus palabras ligeras calaran hondo.

“Alguna vez has manifestado que no deseas esto,”

La mandíbula de Angharad se tensó.

“No quisiera avergonzarte negándome a una orden ante otros, pero yo—”

“No,” interrumpió Song con tono tajante. “Permíteme ser clara: si te paseas formando parte de la Decimotercera y asumo la responsabilidad por tus acciones, estarás sometida a mi autoridad. Si no puedes tolerar esto, hay otras dos brigadas para que elijas.”

“Ya he explicado mis razones para no querer estar bajo tu mando,” afirmó Angharad con postura rígida.

“Es tu prerrogativa,” dijo Song. “Igual de mío es rehusarme a aceptar a una soldado que me ha dicho que no tiene intención de obedecerme.”

“¿Y las otras también?” espetó. “¿Tristán y Maryam—”

“No te corresponden,” respondió Song con frialdad.

“No puedes ir a Asphodel con solo tres cabalistas,” replicó Angharad, igualmente serena.

Ah, predecible. Song había previsto esa respuesta y, en efecto, había pasado parte del día cuestionándose con quién completar la Decimotercera, en caso de que Angharad no tuviera intención de acompañarlos. Un combatiente, sin duda, pero ¿quién aceptaría? El problema residía en hallar a alguien dispuesto a lanzarse de cabeza al abismo cuando podría esperar pacientemente y realizar su prueba en un momento más propicio.

La solución, por tanto, fue buscar a alguien que ya estuviera en el foso.

“Creo que me tomaría aproximadamente una hora conseguir otro Skiritai,” dijo Song. “Conozco a uno que está en deuda conmigo y ansía limpiar su nombre.”

Una de las pocas maneras en que se podría salvar la reputación de Muchen He tras revelarse su implicación en el asunto sería mediante una muestra de confianza por parte de su presunta víctima—como, por ejemplo, Tristan Abrascal recibéndolo públicamente en la Brigada Decimotercera. Los rumores de que Muchen había sido espía y colaborador de Song comenzarían a proliferar sin necesidad de sembrarlos.

Que el hombre aceptara no estaba realmente en duda; si Song tendría que pedirle o no, sí.

Angharad frunció el ceño, pero no la acusó de mentir. Aún existía suficiente respeto entre ellas como para eso, o al menos la pereduri pensaba que podía no estar mintiendo, aunque conociera poco del asunto. La pereduri hizo una mueca de desagrado.

“No me equivoco al no querer acatar tus órdenes,” insistió.

“Tampoco he cometido error al negarme a ser responsable por otra cabalista,” replicó Song.

Se bebió el resto de su taza con tranquilidad.

“Es un buen té,” dijo. “Aún hay tiempo antes de partir, Angharad. Conoces mis condiciones—si no te parecen, habla con los demás capitanes.”

Intentó levantarse, pero Angharad le puso una mano en el antebrazo para detenerla.

“Es decir,” dijo la mujer de piel oscura, luego tragó saliva, “por favor, siéntate.”

“Me parece que esta conversación ha llegado a su fin natural,” expresó Song suavemente.

Miró fijamente a la mano guanteada de Angharad, que retiró como si hubiera sido quemada.

“Entiendo que lo que he pedido pueda resultarte inaceptable,” dijo Angharad. “Es, yo—”

Ella suspiró, frotándose la frente. La muestra de debilidad era tan inusual en ella que Song lentamente se reclinó en su asiento.

“Fui excesivamente confrontacional, considerando lo que solicitaba,” afirmó Angharad. “Por ello, pido disculpas. Dormí mal y ahora tengo un humor difícil.”

Los ojos de Song se estrecharon. Era una vez más demasiado que ella actuara de modo extraño. Sería irresponsable no investigar; un fallo en su deber como vigilante.

—Tus guantes—dijo ella—¿Por qué los llevas puestos?

Angharad parpadeó.

—Hoy hace fresco—dijo.

No más que ayer.

—¿Los compraste hoy?—preguntó Song.

—Yo—frunció el ceño Angharad—sí, creo.

¿Memoria inconsistente? ¿Segunda opción?

—Ah—dijo Song, poniendo una sonrisa amable—. Sigamos con la conversación, sin importar nada. ¿Llamas al camarero?

Angharad asintió bruscamente, asomándose fuera del quiosco para captar la mirada del camarero, y justo en ese instante, mientras daba la espalda, Song sacó en silencio su pistola y la apuntó a su pecho. Angharad se tensó.

—Song, ¿qué demonios—

—No te muevas—contestó Song con calma—o apunto. La placa de tu brigada, ¿la llevas encima?

—En mi bolsillo, sí—respondió Angharad con enfado—. ¿Qué es esto?

—Sácala—dijo ella.

La furia visible en su rostro, la guerrera Pereduri intentó alcanzarla, pero Song frunció los labios en desaprobación.

—Primero, quítate los guantes—ordenó.

Angharad parpadeó, como si estuviera confundida.

—¿Qué?

—Primero, quítate los guantes—repitió lentamente Song.

—No entiendo—balbuceó Angharad, hablando como si fuera a trompicones—¿Qué quieres decir—

Song cargó su pistola. El miedo debía invadirla.

—Quítate los guantes y coloca la placa en la palma de tu mano—ordenó—ahora mismo.

Angharad vaciló en confusión, pero se quitó un guante y tomó la placa plateada.

—¿Y ahora?—preguntó despectiva, levantándola—. ¿Debo—?

El olor a carne quemada arrebató las palabras a ambos. Tercera opción. Un latido más tarde, la criatura empezó a gritar a través de la boca de Angharad Tredegar y todo se desmoronó.

Por una vez en su vida, a Song Ren no le alegró tener la razón.